

A los 200 años de la *Carta de Jamaica*

Juan Guillermo Gómez García



Alexander Apóstol. *Them as a Fountain*. Fotografía Digital.
100 x 100 cm. 2003

Los 200 años de la *Carta de Jamaica* de Simón Bolívar han pasado casi inadvertidos en Colombia. No se puede decir lo mismo de los países vecinos. Colombia, convertida desde hace una buena década en una especie de Israel de la región (ve enemigos en cada frontera), ahonda así su clásica voluntad de agresivo aislamiento que le viene de la época, aún no superada, de la Regeneración.

La universidad colombiana ha hecho eco de esta especie de autismo condicionado que se da de la mano de una pérdida creciente y cínicamente despreocupada de los referentes histórico-culturales que podrían o deberían caracterizarla. Es así, por diversos y contrapuestos factores que remiten, al menos aquí, a una comprobación contundente: pasar por alto que hace 200 años, El Libertador, acosado

por todos los flancos, miserablemente derrotado, en la ruina física y amenazado por sicarios contratados por Fernando VII, redacta la *Carta de Jamaica*, pilar de nuestro constitucionalismo republicano.

“Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y una el todo” (Bolívar, 2015: 43), escribe Bolívar en los párrafos conclusivos de su misiva, enviada al comerciante inglés Herry Cullen ese 6 de septiembre de 1815. Teniendo un mismo origen, una misma lengua y una misma religión, no sería difícil concebir, para Bolívar, un estado unitario que arrojara este enorme y prodigioso conglomerado humano.

Mas esto no es posible. La imposibilidad de darse la América hispana un cuerpo político unitario, pese al deseo y necesidad vehemente de aspirar a ello, se debe a razones tan mezquinas, azarosas como imposibles, por ahora, de superar. Las ingentes distancias de una geografía heteróclita y desalmada, la diversidad de pueblos con costumbres no fáciles de conciliar, los intereses locales y regionales de los diversos agentes políticos impiden, en pocas palabras, este noble y utópico empeño.

Bolívar ofrece al futuro (Hegel en sus *Lecciones de la filosofía de la historia* asegura que América “...no ha terminado su formación”... “es el país del porvenir”) la realización de ese ideal político unitario, “en alguna época dichosa de nuestra Regeneración”. Líneas más adelante, al indagar por ese factor de unificación, pregunta: “¿No es la unión todo lo que se necesita

para ponerlos en estado de expulsar a los españoles, sus tropas y los partidarios de la corrompida España para hacerlos capaces de establecer un imperio poderoso, con un gobierno libre y leyes benévolas?” (Bolívar, 2015: 45).

Bolívar creía encontrar ese porvenir americano en la futura “Regeneración”. Romper con “la corrompida España”, romper con los lazos imperiales, con la monarquía absolutista del villano (era un villano asqueroso) Fernando VII, y darse un régimen republicano, eran imperativos concomitantes. Bolívar no era un jacobino, pero esto no le impidió creer en unas leyes que nos condujeran suavemente a nuestra propia emancipación cultural, leyes que debían buscar equilibrar la realidad heredada por la dominación feroz de tres siglos (basada en la intolerancia católica, en el autoritarismo monárquico y en el prejuicio racial) con las nuevas virtudes ciudadanas que acompañarían un proyecto educativo (no expresamente mencionado aquí) que se basaban en el respeto a la fe ajena, en la democracia representativa y en la igualdad entre los hombres.

Como los hombres ilustrados de su época, Bolívar confiaba en la Constitución política como el “artefacto” civilizatorio *par excellence*. Lo había sido para el abate Emmanuel-Joseph Sieyès y el jacobino Thomas Paine en la Revolución francesa, lo había sido para Hegel en Alemania, lo había sido para los liberales españoles en la Constitución de Cádiz de 1812 (Constitución coja, por lo demás). La Constitución era la hoja de ruta del edificio político que traducía los fundamentos de la racionalidad ilustrada (Voltaire, Rousseau, *La Enciclopedia*) a la protección de los derechos del hombre y al equilibrio de poderes públicos.

La *Carta de Jamaica* esboza las condiciones de la soberanía política de nuestras naciones, fundamenta las razones del rechazo del monarquismo (el absolutismo de Fernando VII o el monarquismo constitucional, cualquiera

sea este), plantea la necesidad de un republicanismo unitario (no federalista que atomiza las fuerzas político-militares) e invoca la unidad confederada de las excolonias americanas, como un salvavidas ante la agresión imperialista.

La *Carta de Jamaica* participa latentemente de una filosofía de la historia “del progreso indefinido del género humano” y de la filosofía ilustrada que propugna la impostergable adopción del código humanitario de los derechos humanos y la inminente realización de la soberanía nacional. La caída de la monarquía española de 1808, las abdicaciones de Bayona, por virtud de las cuales los reyes españoles Carlos IV y Fernando VII ceden el poder a Napoleón, el movimiento juntero americano, los gritos de independencia en 1809 y 1810 y la “guerra a muerte” decretada entre americanos y españoles, fueron episodios fundamentales para acelerar el *tempo* histórico americano y señalaron el inequívoco camino de la emancipación. La restauración al trono de Fernando VII en 1814 por las fuerzas más reaccionarias de la Europa posnapoleónica (Klemens von Metternich, el Zar Alejandro I y el ministro británico lord Castlereagh) no podía contradecir el curso natural de la historia.

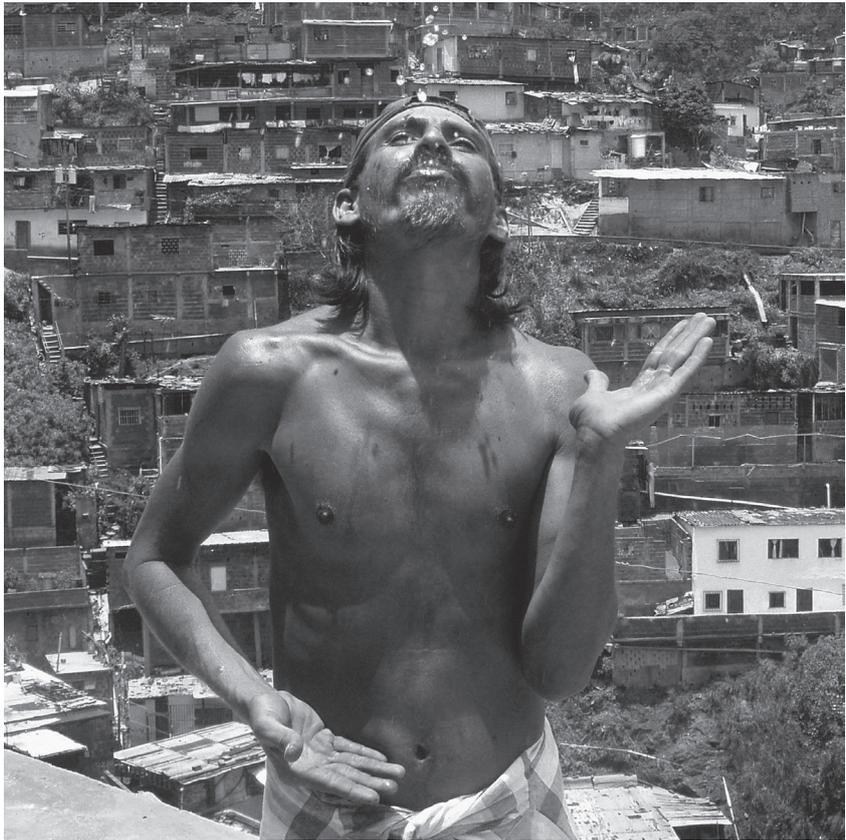
El *giro político* (la politización de nuestros cuerpos nacionales) no tenía vuelta atrás: “El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz, y se nos quiere volver a las tinieblas: se han roto las cadenas; ya hemos sido libres, y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate con despecho; y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria” (Bolívar, 2015: 16).

Hay una extendida leyenda negra en torno a Bolívar. Hay hasta un secreto encanto en hablar contra él, desvirtuar sus acciones y denigrar de su pensamiento. Su legado se podría, conforme al pensamiento de los detractores, contraer a una visión apocalíptica de un cúmulo

de ruinas que crece de la tierra al cielo. Por las mismas, o similares razones, por la cuales en el sur de Colombia pueden odiar a Bolívar, pueden amar y rendir tributo a Manuel Canuto Restrepo. Así como un chistoso me aconsejó hace algunos días “darle a leer a Santander” a mi niña de ocho años.

Se impone la tarea cívica de leer a Bolívar hoy con desprevención, auscultar el hilo complejo de tantos y desconcertantes acontecimientos en que actuó, relacionar el ayer atormentado con el hoy atormentado. La tarea sigue inconclusa: insistir en la unidad de nuestros pueblos (“a la unión de la Patria Grande latinoamericana y a rechazar el nuevo colonialismo” convocó el papa Francisco el pasado 10 de julio en Bolivia), sacudirse del lastre colonial (los prejuicios de raza, de clase, de agresivo provincianismo), dialogar y no dividir, son las señas de identidad solapadas de las naciones latinoamericanas. Este legado doctrinal de Bolívar es tan urgente y explosivo como podamos, o queramos, comprender.

Bolívar, además, fue un gigante de la lengua. Hoy, su correspondencia sigue cautivando como en sus días. De ella emana un aliento fresco de libertad, de independencia expresiva inaudita. Con su epistolario, en el cual la *Carta de Jamaica* es una pieza central, Bolívar se hace el padre fundador de nuestra literatura latinoamericana. Su fuerza expresiva, su metafórica precisa y demolidora, sus pasajes abruptos, tiernos, iracundos, registran su estado de ánimo, sus deseos más profundos, sus intenciones más diversas. La paleta de sus



Alexander Apóstol. *Them as a Fountain*. Fotografía Digital. 100 x 100 cm. 2003

colores expresivos son legado y actualidad, son modelo y placer.

Referencias

Bolívar, S. (2015). *Carta de Jamaica. 6 de septiembre de 1815*. Medellín, Universidad de Antioquia.

Juan Guillermo Gómez García es Doctor en Filosofía, ensayista y crítico. Se desempeña como profesor de las universidades de Antioquia y Nacional —sede Medellín—. Ha publicado, entre otros, los libros: *Crítica e historiografía literaria en Juan María Gutiérrez, Colombia es una cosa impenetrable, Literatura y anarquismo en Manuel González Prada, Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX y La Carta de Jamaica, 200 años después. Vigencia y memoria de Bolívar*. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.